

## FACISMO

### III

## MONARQUÍA

Perdió España su imperio colonial. Sufrió Italia un terrible descalabro en Abisinia. Y hablaríamos de la campaña de Rusia en la Manchuria si el respeto a la desgracia que se cebó tan cruelmente en la familia de los Zares no lo vedara. Con todo y no hablar de ella, ya recordará el lector que no fué favorable al imperio moscovita.

Ni la pérdida de las colonias, ni la victoria del Negus, ni del Nipon fueron parte para que los vencidos trocaran por repúblicas sus instituciones monárquicas. Y si no obstante sus desastres militares, España, Italia y Rusia no sacrificaron el régimen, cuando la anarquía incipiente hacía menos peligroso el cambio, ¿porqué, ahora, Alemania y Austria han de sacrificar el suyo, cuando la anarquía desecha reclama a grandes voces la restauración del principio monárquico, que es la restauración del principio de autoridad? El peligro de hoy no está en la autarquía, a pesar de que algún malvado la prostituya, sino en la anarquía. El postulado democrático de la soberanía popular, o cada hombre un rey, ha venido a parar prácticamente en que no hay Rey ni Roque, desbordándose la indisciplina de tal suerte que no parece sino que toda idea de sumisión a las ordenadas prescripciones de la autoridad haya desaparecido de la conciencia ciudadana, y que el derecho a la rebeldía y a la insubordinación sea el máspreciado de los derechos individuales.

Ante esa crisis de autoridad ¿es cuerdo negar que el principio monárquico, su símbolo más exacto, sea el más propio para conjurarla? Si la paz social es el fruto de la unidad de medios para el perfeccionamiento común ¿hay alguna institución que no sea la representada por uno, que responda mejor a esa unidad de medios, indispensable para la unidad de fin, o sea el bienestar de la colectividad? Los intereses de las facciones, el egoísmo desatado de los oligarcas, erigidos en reyes, traían, a costa de esa uni-

dad del bien común y del erario público, el desorden, la confusión, el desosiego, la guerra fratricida, de que eran teatro y víctimas hasta las aldeas más insignificantes del territorio nacional.

Por eso el movimiento salvador del facismo, al par que afirma el principio monárquico, se dirige resueltamente a implantar el principio de unidad política, desbaratando, reduciendo a la nada, los manejos de los partidos, con visible mejora de la tranquilidad y hacienda públicas.

Aquella frase tan celebrada de Primo de Rivera «ni los creemos ni los queremos», dirigiéndose a cierto sector de la vieja política, el más abominable por su hipocresía, es la condenación solemne de una actuación horrosa, indecisa, que arteramente supo infiltrar aquel sector en el movimiento salvador español, aún en los órganos más autorizados de su prensa. Cuando se tenga el valor de hacer abstracción de personas, aunque se llamen Maura, Urquijo, Güell, Comillas, será un hecho digno de eterna recordación la unidad política del pueblo español, que se empeña en malograr la pérdida actuación del partido a que se hizo referencia.

Las facciones, volviendo al caso, son un factor principalísimo de la derrota del franco en la Francia republicana. Y no puede ser de otra manera: porque para satisfacer la ambición de sus oligarquías políticas, tan prolijas, necesarias no pocas de ellas para el funcionamiento regular del gobierno, se requiere dinero, mucho dinero, mucho más que cualquiera lista civil por alta que sea, en daño siempre del buen orden e intereses de los administrados.

Sólo el comunismo puede gananciarse de que las dos terceras partes de Europa tengan instituciones republicanas. De la fórmula, el pueblo soberano o el poder es de todos, a la comunista la propiedad es de todos, no hay mucha distancia. Tan sólo la que se requiere para llegar por natural de-

sevolvimiento de la democracia al socialismo, que debilita el principio de propiedad individual; y de este al comunismo, más lógico, que la niega resueltamente. Por eso los soviets, con instinto certero, instauraron la República; no explicándose fácilmente, como no sea por una de tantas aberraciones de la última guerra, por qué las monarquías europeas cedieron su hegemonía, ayer en los campos de batalla, hoy en la Sociedad de Naciones a la Francia republicana.

Se luchó con energía demoníaca, según frase acertadísima de Lloyd George, en provecho de la republicana Francia, contra de Alemania monárquica, sin tener en cuenta que al mismo tiempo se luchaba contra la institución que tan gloriosamente esta representaba. O diremos mejor, al luchar contra Alemania, se luchó asimismo contra el principio de autoridad y el principio monárquico que aquellos días, cual ningún otro, y sea dicho sin desdoro de nadie, encarnaba el Kaiser.

¿Cuánto desorden, y cuántas repúblicas después de la guerra! Que si hoy está en suspenso el movimiento republicano, es porque absorbe la atención de todos los gobiernos la escuela comunista, al tener puesta sobre el tapete la cuestión de vida o muerte, la cuestión capital de ser o de no ser.

Si no hubiese aparecido el comunismo y con él la necesidad de la reacción facista, probablemente quedaría extinguida la monarquía en Europa. Al triunfo socialista en Italia sucediera la caída de la Monarquía. La misma suerte hubiera corrido España triunfando el sindicalismo. Notemos de paso, en bien de esa institución, que sin ella el 13 de Septiembre, y la marcha sobre Roma, y todo otro movimiento salvador, fuera de ese eje, hubieran convertido el país en juguete de las facciones. Añádese a esto que el laborismo en Inglaterra, no obstante las condiciones especiales del Reino Unido, es una incógnita que ha de dejar poco tranquilos a los monárquicos. Y ahora resumamos: triunfante la República en Francia, España, Italia, Portugal, Rusia, Alemania y Austria; vacilante por lo menos el trono en Inglaterra, no es temeridad suponer que los demás hubiesen muerto de asfixia. Así caminaba la Europa democrá-

tica a la muerte de la institución secular y con ella el derrumbamiento del principio de autoridad. Aquel rey de Francia que dijo que con él acababa la monarquía, debía añadir que el fin de la monarquía era el principio de la anarquía.

Por eso el buen facista debe ser ardorosamente monárquico: y, salvo siempre los sagrados intereses de la Silla Apostólica, no solo monárquico italiano sino amante apasinado de la restauración de la monarquía europea, verdadero antídoto contra el veneno comunista. La Italia facista porque viene a defender la Civilización contra la barbarie soviética, debe erigirse en centro activísimo de restauración monárquica. Una línea de monarquía que empiece en Italia, y pasando por Austria y Alemania termine en Inglaterra sería una línea de hierro contra la Rusia comunista. ¿Por qué no se ha de impulsar, pues, el retorno al trono de los Hoernzöllten, de los Ausburgo? La voz del Kaiser en Berlín, nos atrevemos a decir, haría temblar a la Rusia comunista. Tanto sería el poder de la monarquía en manos de ese carácter.

La monarquía, señores facistas, dice vuestro compatriota, el napolitano Vico, es la forma de gobierno de los pueblos civilizados. Y porque es así, no se debe olvidar que buena parte del ascendiente que tiene Europa sobre América se debe a esa institución. El día que desapareciese de Europa, América nos miraría con desprecio. Buena parte del ascendiente, decimos, porque la mayor y la más importante es el principio fecundo, el principio irremplazable de su catolicidad.

Así pues, aunque en sí misma no sea inmoral la forma republicana, lo que es necesario manifestar en gracia a la imparcialidad, siempre será cierto que la monarquía es la más propia para restaurar el principio de autoridad; y en las actuales circunstancias el antídoto maravilloso que suministrará el facismo triunfante a la Europa intoxicada por las ideas y costumbres comunistas.

Facistas, admirables facistas: si el cielo clemente reserva el porvenir para la Civilización, el porvenir es vuestro; y si el porvenir es vuestro, lo es asimismo para la Monarquía, que es el régimen de esa institución eminentemente civilizadora que se llama la Iglesia.

Juan SOLANAS, pbro.

